

PAYASO DE PROFESIÓN

Obre breve

ACTO UNICO

PERSONAJES:

FELIPE, hombre de unos sesenta y pico de años pero muy deteriorado, que aparenta mucho más Trabaja como puede en la calle, y en los ómnibus vestido de payaso.

MATILDE, la encargada, mujer de unos cuarenta años. Desgastada, Tiene el pelo mal teñido de rubio que ajusta con una tiara.

ALDO, el marido, algo menor que ella. Siempre despeinado y de mal humor.

PAREJA DE JÓVENES. Él, unos veinticinco años, cara de tímido. Ella, veinte años pero aparenta menos. Más baja que él. Usa lentes.

POLICÍA, hombre de unos treinta años, uniformado.

Habitación de una pensión de tercera categoría en la Ciudad Vieja. Oscuro. Tres de la mañana. Invierno. Hay un silencio largo. Se oye una música. Cuando esta baja, de súbito se oyen varios golpes en la puerta, Gritan desde afuera ¡Felipe!... ¡Felipe! Como no responden, Matilde abre la puerta con su llave y entra. Lleva un vestido floreado, y el pelo revuelto como si recién se hubiera levantado. Zapatillas. Enciende la luz. Es una lamparita que pende de un cable en el centro de la pieza. Se ven las paredes pintadas de celeste chillón, manchas de humedad que semejan mapas. En una cama de hierro, con pintura descascarada a un costado, contra una pared, duerme Felipe tapado con una frazada “cuartelera”. A un costado, un ropero viejo con un espejo que reproduce una imagen borrosa. Dentro están las pertenencias de Felipe. Un traje de payaso algo descolorido descansa sobre una silla. Se ven zapatos, clavos, una peluca naranja, un sombrero, etc. En una pequeña mesa, un plato de plástico con

cáscaras de fruta, una jarra con agua y un vaso. El piso manchado de cebaduras de mate. En un cenicero que está en un rincón se amontona yerba vieja. En una cuerda suspendida en diagonal, entre dos clavos, cuelga una camiseta. Puerta de entrada, con un almanaque que muestra una chica semi desnuda. En una de las paredes, se ve un cuadro que representa un niño rubio con una lágrima en su mejilla.

ESCENA I

Matilde - (Entra y prende la luz de golpe) ¡Despiértese!... ¡Despiértese!... ¡Felipe!...
¡Vamos!... (Lo sacude)
Felipe - (Moviéndose en la cama) ¿Qué?
Matilde - ¡Despiértese! ¿Me ha oído? ¡Despiértese!
Felipe - (Hablando dormido) ¿Qué pasa?
Matilde - ¡Cómo duerme, parece una marmota! ¡Vamos! (Lo vuelve a sacudir) ¡Vamos!
Felipe - (Despertando) Estaba soñando, ¿sabe?
Matilde - Ahora, se terminó el sueño ¡Arriba! Tiene que levantarse, necesito la pieza.
Felipe - (Incorporándose) ¿Qué hora es? Tuve un sueño terrible, pero lindo al final.
Matilde- Son las tres de la mañana.
Felipe - Recién las tres, ¿entonces por qué me despierta?
Matilde - Llegó una pareja joven ¿me entiende? No hay donde alojarla. Yo también estoy embroncada, fíjese a la hora que me despiertan.
Felipe - ¿Y yo que tengo que ver?
Matilde - ¿Cómo que tiene que ver?
Felipe - Sí; que tengo que ver... Arréglole de otra forma.
Matilde - Mire, no vine a discutir. Levántese. ¿Qué espera para hacerlo?
Felipe - Estaba soñando. Si recién me acosté. Hace unas poquitas horas.
Matilde - Escúcheme una cosa: no es mi culpa, es una casualidad. Nunca pasó esto. Yo estaba durmiendo y me desperté con los timbres. Pero me pagan bien, me entiende, mejor dicho, me pagan, me pagan y usted debe, debe.
Felipe - ¡Déjeme tranquilo!
Matilde - ¿No entiende lo que le digo? ¿En qué idioma tengo que hablarle?
Felipe - Bueno, yo me niego a irme. No pienso irme.
Matilde - ¿Cómo dice?
Felipe - Lo que le digo, me quedo aquí. De aquí no me mueve nadie.
Matilde - Se lo digo por última vez. Necesito la pieza, así que levántese. Por favor, Felipe.
Felipe - Pero son las tres de la mañana...
Matilde - Lo que sea. (En una reacción brusca, le saca la frazada y la tira arriba de la silla)
¡Vamos!
Felipe - Me parece que recién me había dormido. Estoy cansado, y tengo mucho sueño.
Matilde - Que quiere que le haga, yo también tengo sueño. Le repito que no vine a discutir. Abajo está esperando una pareja.
Felipe - Si es porque le debo cuatro días, ya le dije que el sábado le pago todo junto. Entre ayer y hoy no pude hacer casi nada. La gente da poco. No hay un peso partido por la mitad. Estamos a fin de mes.

Matilde - No; no es por eso. Lo he aguantado muchas veces, sabe bien. Pero yo también necesito plata. Si el Sr. Barrios, el dueño, sabe que me debe cuatro días, y encima que hay dos clientes que pagan y usted no quiere irse, nos echa. A mí y a mi marido ¿Me entiende?

Felipe - Sí; entiendo. Y no pueden ir a otro sitio, hay cantidad de casas...

Matilde - (Cortándolo) Usted sabe bien que sale más barato venir a un hotel.

Felipe - ¿Hotel?... Esto es una miserable cueva de cuarta.

Matilde - ¿Y por qué está usted, entonces? (Ha estado arreglando algunas cosas. Encuentra una botella debajo de la almohada) Parece que le ha estado dando a la botella, ¿no?

Felipe - (Cambiando el tema) Era un sueño extraño...

Matilde - Usted es como yo, le gusta el trago. Con razón está en este estado.

Felipe - (Como mirando a un punto fijo) Pero con un final lindo...

Matilde - (Mirando la botella) No dejó ni una gota. Para vino tiene plata ¿no?

Porqué no se busca un trabajo fijo. Que se yo, de sereno, usted todavía puede trabajar.

Felipe - Tengo trabajo fijo. En Avda. Italia y Comercio. Allí en esa esquina, espero el cambio de luces y trabajo con esto (Muestra las clavas para hacer malabarismo) o en los ómnibus como payaso. Además soy trapequista, y actor. Como trapequista hace años que no lo hago, mis músculos ya no son los de antes. Desde niño que trabajo en el circo.

Matilde - Hágame el favor. ¡Payaso! Un hombre fuerte, todavía, sano. Bueno no se, con la bebida se va a liquidar del todo.

Felipe - Al revés. Sin la bebida, ya me hubiera liquidado. Solo, en Montevideo, sin familia...

Esto que hago es lo único que se hacer. Lo hice toda la vida, pero desde que desarmamos el circo de mi padre después que murió la cosa cambió. Mi madre sola, no podía hacer nada. Le faltaron fuerzas. Después murió también. Nos dispersamos todos los hermanos y yo me vine a Montevideo. En el 94, me vine. Al principio hice de todo para vivir, trabajé en la construcción, en taxi flet, hice changas... cuidé autos... que se yo, de todo, pero me angustiaba mucho... yo soy un artista. Esos trabajos no eran para mí. ¿Me entiende? Entonces me dije: voy a trabajar en mi profesión, y desde entonces hago esto, trabajo de payaso.

Matilde - En fin, cada uno es dueño de elegir la mejor manera de reventar. Pero ahora tiene que irse. ¡Aire!... ¡Aire!... Le dejé pasar estos cuatro días, sin pagarme y así me lo agradece. Durmió cuatro días gratis, en esta pieza tan linda. Mire que panorama (Le muestra la figura de la chica semi desnuda en el almanaque) Con esta compañía...

Felipe - Es una buena compañía. Ayuda, para cuando uno está solo, ¿no?

Matilde - ¿Y?...

Felipe - No me voy, ya se lo dije.

Matilde - ¡Qué cosa impresionante! Recuerdo cuando vino, lo único que traía era el cuerpo helado debajo de ese traje viejo de payaso. Y aquí lo tratamos como si lo conociéramos de toda la vida. Tendría que estar agradecido.

Felipe - Y lo estoy. ¿Pero no se da cuenta? Me siento mal, anoche no comí... Por eso tomé vino, para no pensar de noche.

Matilde - ¡Porquería de trabajo! ¡Las cosas que tiene que ver una! ¡Y las cosas que tiene que hacer! (De repente se le ocurre algo) ¡Ya se!... Lo dejo que se quede abajo. ¿Qué le parece? Así podrá seguir durmiendo en el sillón verde de abajo, y retomar su sueño. Cuando ellos suban, usted baja y se acomoda con la frazada en el sillón. ¿Qué le parece?

Felipe - Un sueño una vez que se pierde no se puede retomar. Es como un fracaso. No sé si me entiende. Y ese sueño a mí me importaba.

Matilde - Ahora me doy cuenta... (Va a la puerta) Ha tratado de ganar tiempo y ver si esos se van. (Sale)

Felipe - No me entiende. (Se da cuenta de que está solo pero igual sigue hablando) Hasta pensé que podría ser cierto... (Cierra los ojos) Me ahogaba en un barro blando y chapoteaba para salir, desesperado. Estaba vestido de payaso. Alguien me tiraba una cuerda desde arriba, pero era demasiado corta. De pronto me veo ante una casa, la mía, cuando era niño, allá en

mi pueblo, en Vergara. Veía clarito la calle Berro, con la acacia en flor... en la esquina de la casa de mi abuela... sentía hasta el olor de las aromas amarillas... Luego caminaba... y lo raro era que todas las casas eran iguales. Entre los árboles colgaban trapecios, luces de colores. De pronto apareció una mujer en un caballo blanco, parecía mi madre, joven, linda... y me saludaba con la mano, así... (Lo hace; queda mirando un punto fijo)

Matilde - (Entrando de golpe) ¿Qué está haciendo?

Felipe - Me despedía de mi madre, creo.

Matilde - ¿De su madre?

Felipe - Supongo.

Matilde - Vamos, vamos; ya lo escuché con bastante paciencia decir todo tipo de estupideces. Si no se va me va a obligar a que lo saque a la fuerza.

Felipe - ¿Es que no comprende?

Matilde - Le puedo asegurar que comienzo a perder la paciencia. (Lo amenaza)

Felipe - ¿Qué? ¿Me va a golpear? Hágalo.

Matilde - ¡Borracho de mierda! No quiero lastimarlo. Si llamo a mi marido, ¿sabe como lo saca? Salga por su propia voluntad, por favor, antes de que venga. (Ya desesperada) ¡Por favor!

Felipe - No; mientras sea de noche. Le voy a decir una cosa. Se trata de nosotros, todos. Todos estamos metidos en la misma ruleta, en el mismo juego, ¿se da cuenta? Sólo que algunos jugamos siempre al número que no sale y perdemos. Y otros ganan siempre aunque jueguen a una letra.

Matilde - ¿De qué está hablando?

Felipe - Yo juego siempre al número que no sale. Es decir, yo trabajo haciendo lo que sé hacer, ¿me entiende? Lo único que sé hacer. (Está parado en la cama) ¿Pero a quién le importa eso? A nadie.

Matilde - A su edad usted ya tendría que estar jubilado, y mire en que estado está.

Felipe - No puedo jubilarme. Antes sí, se podía. Algunos lo hicieron. Recuerdo a Uberfil Pereyra, que lo conocí como trapecista y como payaso también. Él se pudo jubilar. Pero un buen día, en la época de la dictadura, se acuerda, sacaron la ley que nos permitía jubilarnos a los trabajadores de circo y nunca más se repuso. ¿Se da cuenta? Por eso le digo, ¿a quién le importa? A nadie.

Matilde - (Mirando la botella y sin escuchar lo que dice Felipe) Se liquidó la botella entera... qué bárbaro.

Felipe - Si me deja pasar otra noche aquí, mañana trabajaré para usted. Limpiaré la pieza. Lavaré los pisos y el baño...

Matilde - El que manda aquí es mi marido y el dueño por supuesto. ¿Qué quiere que haga? Y él quiere que desocupe la pieza ahora. Se encaprichó de que lo saque de aquí, como sea. Me mandó a mí. No quiso venir él, se quedó acostado. Mejor, porque hubiera sido mucho peor. Quién sabe lo que hubiera pasado con el carácter que tiene.

Felipe - Escúcheme una cosa: usted porque me ve así, cree que soy un desgraciado. Está equivocada. Yo soy un artista. El público me aplaudía parado cuando era joven y trabajaba en el trapecio o cuando hacía reír con mis "entradas". Estoy acostumbrado a eso. Se les caían las lágrimas cuando quedaba suspendido en el aire o volaba. O en la segunda parte, en el drama criollo. (Poniéndose en personaje) - Guacha, sí, señora. La han criado guacha, pa' que usted lo sepa. Año y medio tenía la pobrecita cuando el patrón la trujo del Asilo. Era linda ¡Quiero decir que ya anunciaba lo que iba a ser cuando fuese moza! Yo mismo la bajé del coche cuando la traían. (Saliendo del personaje) Guacha, un drama criollo de José Alonso y Trelles, el Viejo Pancho. Me acuerdo de parlamentos enteros. Lo hacíamos en la segunda parte. ¡Qué tiempos! (Queda pensativo) ¿Pero qué importa todo eso ahora? Cuando alguien me pregunta: ¿profesión? Contesto: payaso de profesión o actor. Sí, pero en qué trabaja, me dicen.

Voz de Aldo - ¡Matilde! ¡Matilde!

Matilde - (A Felipe) ¿Ha visto? (A Aldo) ¡Ya va!

Felipe - Usted me dijo una vez que le gustaba el circo, y hasta llegó a decir que una vez había visto uno, el Sudamericano, me dijo, que casualmente era el nuestro...

Matilde - (Muy nerviosa) Bueno, no estoy muy segura.

Felipe - Míreme bien (Pone su cara muy cerca a la de Matilde; hace muecas, estira las cejas, abre la boca, achica los ojos. Está como en trance)

Matilde - Déjese de hacer muecas, ¡parece un niño!

Voz de Aldo - ... ¡Matilde! ¡Matilde! ¿Qué estás haciendo?

Matilde - ¡Sí, en seguida!... Ahora bajo. (Va a la puerta) Estoy arreglando la pieza (A Felipe) ¿Se da cuenta el lío que voy a tener ahora?

Felipe - Perdone.

Matilde - Con seguridad que ahora tendré una discusión con él. Y todo por sus caprichos.

Felipe - No se enoje.

Matilde - Mire, si no quiere dormir en el sillón de abajo, váyase a otro sitio. ¡Pero salga de aquí, por favor!

Felipe - No debe ser muy lindo dormir en algún zaguán con este frío.

Matilde - ¿Por qué no prueba en uno de esos refugios?...

Felipe - A esta hora están todos llenos. Que increíble, hasta hace menos de un mes las cosas eran diferentes para mí. Yo también tenía algo, ¿sabe? Era mío. Cuando uno cuenta con una compañía es distinto, muy distinto. Tenía un monito, que me acompañaba siempre.

Matilde - (Distraída) ¿Qué dice?

Felipe - Le decía que hasta hace poco tenía un monito que traje del circo y que me acompañaba a todos lados. Febo, era manso y cariñoso, lo crié desde chiquito. Y ya estaba muy viejo. Pero un día la policía me lo quitó. Dijeron que no podía estar un animal salvaje en la calle, cuando quise acordar, le pusieron una cadena y se lo llevaron. Traté de explicarles que era manso que no hacía nada, pero no me escucharon...

Matilde - (Cortando) Deje de decir estupideces, por favor.

Felipe - ... Que podía morder a alguien. Febo es incapaz de hacer eso. Cuando se lo llevaban, me miraba con sus ojitos negros, sabía que no nos íbamos a ver más... (Silencio largo que se corta con la voz de Aldo)

Voz de Aldo - ¡Matilde!... ¿Por qué demorás tanto?

Matilde - ¡Va! ¡Va! (a Felipe) Se terminó, no quiero oír una palabra más.

Felipe - Era muy cariñoso. Quién sabe dónde estará. Que habrán hecho con él. Capaz que lo llevaron al zoológico y a él le gustaba la libertad. Nunca estuvo en una jaula. Tal vez ya se murió. ¡No me eche a la calle, por favor!

Matilde - ¡Qué desgracia! ¿Yo qué puedo hacer?

Felipe - Esta noche no, ¡por lo que más quiera!

Matilde - ¿Qué pasa esta noche? ¿Qué hay de diferente? Todas las noches son iguales.

Felipe - ¡No sé!... ¡Pero que no sea esta noche! Estoy seguro que me sentiría muy mal. Ya me pasó otra vez. Es algo que se comienza de a poco y se va metiendo aquí dentro (Señala el estómago). Como una sensación de vacío hasta que empezamos a temblar de miedo, tal vez porque nos enfrentamos a la soledad.

(Se escuchan los pasos de un hombre que sube las escaleras)

Matilde - Es mi marido... (Al ir a la puerta se tropieza con él)

ESCENA II

Aldo - (Entrando) ¿Qué es lo que pasa aquí adentro?

Matilde - Está encaprichado. No quiere irse... Si lo saco a la fuerza, va a meter un escándalo. Traté de que saliera por las buenas. Fijate si vos podés...

Aldo - (Encarando a Felipe) ¿Cómo es eso? ¿Usted quién es para decidir aquí?

Felipe - ¿Cómo está usted?

Aldo - (Con energía) ¡Levántese y salga enseguida!

Felipe - (Firme) No...

Matilde - Ha estado tomando. (Mostrando la botella)

Felipe - Es horrible cuando uno va barranca abajo...

Aldo - ¡Deje de decir pavadas!

Felipe - Es verdad. Nada nos conduce a nada. Nos ahogamos a fuerza de miseria... en un barro blando, como en el sueño...

Matilde - Creo que está loco Aldo, será mejor que lo dejemos y solucionemos de otra forma.

Aldo - ¡Qué otra forma; no señor! Escuche: mi mujer ya le habrá dicho que abajo espera una pareja. Quiero que lo entienda, el amor no espera. Usted sabe muy bien. Acuérdesse cuando era joven.

Felipe - Perdone. La verdad que me da mucha vergüenza causarles tantas molestias. Pero cuando estaba Febo, las cosas eran muy diferentes.

Aldo - ¿Y ahora que está diciendo?

Matilde - Cuenta no se que historia de un mono...

Felipe - ¡Usted también debiera haberlo visto! Era marrón oscuro. Yo le hablaba y le decía Febo, y él me entendía clarito. Estaba amaestrado, sabe. Andaba en bicicleta en el circo y sabía andar con patines, también. Me acompañaba en la esquina cuando hacía malabares con los aros... Cuando trabajaba en los ómnibus, lo dejaba en la casa de una señora amiga... Me lo llevó la policía... Cosas que pasan... como dice la canción de Larralde.

Aldo - ¿Así que no quiere irse? ¡Muy bien! (A la mujer) Andá y deciles que suban.

Matilde - Pero... (Aldo la corta con un gesto)

Aldo - Deciles que suban. (Matilde sale)

Felipe - ¿Los va a hacer pasar a la pieza?

Aldo - No me queda otro remedio.

Felipe - Los enamorados son tan egoístas, piensan solamente en ellos. Es como si vivieran dentro de una cáscara.

Aldo - Veremos si eso lo hace reaccionar.

Felipe - Ahora importa tan poco todo.

Aldo - (Se siente que llega la pareja) ¡Aquí vienen! (Con amabilidad) ¡Adelante!

ESCENA III

(Entran un muchacho y una chica. Quedan en la puerta tomados de la mano. Están un poco desconcertados al ver a Felipe).

Muchacha - ¡Andrés!... Toda esta gente, ¡qué vergüenza!

Aldo - El señor se marchará enseguida (Amenazante a Felipe) ¿no es cierto?
Muchacho - Perdón, yo no sabía...
Aldo - Lamento causarles tanta molestia.
Muchacha - Vamos, no me quiero quedar (Cuando va a salir, se encuentra con Matilde que está parada como cortándole el paso) Perdone...
Aldo - ¿Es que todavía espera otra cosa para irse?
Felipe - (A la muchacha) Ustedes tienen que ayudarme... Podrían volver más tarde.
Muchacha - Este hombre me impresiona mucho Andrés, parece que estuviera borracho.
Muchacho - Podrían habernos evitado este espectáculo.
Aldo - Hicimos todo lo posible.
Felipe - Tiene razón. No es agradable, ver a un hombre viejo mendigando comprensión.
Aldo - ¡Le juro que me las va a pagar! (Lo toma de la ropa e intenta sacarlo a rastras) ¡Fuera! (Felipe cae al suelo y Aldo lo arrastra)
Muchacha - ¡No haga eso!... ¡Andrés!... ¡No lo dejes...!
Matilde - (Tomándolo de los brazos) ¡Aldo, despertarás a todos!
Aldo - ¡Es una basura!
Muchacha - ¡Esto me parece horrible!
Muchacho - ¿Nos podrían explicar claro lo que pasa?
Aldo - Que este viejo borracho no quiere irse.
Felipe - ¿Y qué quiere que haga?
Muchacha - (Tratando de terminar) Podrá quedarse, nosotros nos vamos.
Felipe - Pareces una buena muchacha.
Aldo - Claro, como le da la razón...
Felipe - Si me voy tendría que dormir en la calle, en algún zaguán. Y uno se siente más solo todavía. Está consigo mismo. Ve la soledad y dialoga con ella, ¿me entienden? No les digo esto para ablandarlos; no estoy actuando ahora.
Aldo - Miren con lo que sale ahora. Parece que se estuviera riendo de nosotros.
Felipe - ¡Eso no! ¡Eso no! Pero son nuestras pequeñas miserias. El otro día se murió uno que a veces dormía conmigo debajo del puente Sarmiento. El invierno es muy duro. Nos habíamos hecho amigos. Fue a dar a la morgue, porque no tenía familia. Allí, los estudiantes cortan y cortan hasta que no queda nada. Nada. Se ensañan.
Muchacha - ¡Por favor, cállese!
Felipe - La soledad es una enfermedad mortal... Créanme que no trato de conmovellos.
(Queda inmóvil)
Muchacha - ¿Qué le pasa?
Muchacho - Parece enfermo. Hay que hacer algo.
Aldo - ¡Qué reviente! (Sale)
Muchacha - ¡Qué desconsiderados!
Felipe - No creo que sea lindo ver a un viejo payaso mendigar, un poco de comprensión. Yo también fui joven y tenía muchas energías. Hacía salto mortal de trapecio a trapecio y sin red. La gente quedaba sin aliento. ¡Y ahora me veo así, así, en este estado! ¡Es horrible!
Ahora soy un olvidado que se consume lentamente. Necesito el aplauso, el cariño del público. Ya no sirvo para nada, estoy solo y viejo sin más horizonte que la cama fría del hospital Maciel. Uno se pinta la cara, canta, hace morisquetas, hace reír, mientras llora por dentro, porque sabe que la vida te acerca a la muerte, a la miseria de los últimos años...
El sufrimiento también tiene un límite. (De pronto se debate; sufre una crisis; llora abriendo muy grande la boca, como un niño; pasa del llanto a la risa)
Felipe - Esto es tan espantoso que me causa risa.
Muchacha - Bueno, trate de tranquilizarse. En este sitio hace mucho frío. Está helado.
Muchacho - (A Matilde) ¿No tiene una manta?
Matilde - Sí... (Asustada, le alcanza la que está encima de la silla y que ella misma tiró)

Felipe - ¡Gracias! No esperaba que existiera la amabilidad.

Muchacha - ¿Por qué?

Felipe - Miren: una vez me sentí muy mal, como ahora. Entonces me fui a un lugar apartado, me arrodillé y me puse a rezar. Pero Dios no me escuchó. Tal vez era demasiado tarde.

Muchacha - No diga eso...

Felipe - No sé como ahora les estoy contando estas cosas tan íntimas, sin que me de vergüenza.

ESCENA IV

Aldo - (Entrando) Usted es un ser despreciable.

Muchacha - ¡Por favor!

Aldo - Es verdad. No ven que le gusta seguir así, revolcándose en su propio barro, sin querer salir de él.

Felipe - Todos estamos metidos dentro del mismo barro. Lo que pasa es que algunos todavía no se han dado cuenta. Y tarde o temprano... (Por Aldo y Matilde)

Aldo - (A Matilde) Lo dice por nosotros. Fíjate como nos insulta.

Muchacha - Perdónelo. Se ve que la vida no lo ha tratado muy bien últimamente.

Felipe - Vos parecés una chica comprensiva.

Muchacha - Nosotros no queríamos causarle ningún mal...

Felipe - (Ya más tranquilo) ¡Lo sé! Están enamorados ¿verdad?

Muchacha - Sí.

Muchacho - Y vamos a casarnos...

Felipe - Los felicito.

Muchacho - ...cuando me reciba... a lo mejor el año que viene.

Felipe - Perdonen lo que pasó. Me porté mal con ustedes.

Aldo - (Aplaudiendo) ¡Bravo! ¡Bravo! Hizo una gran actuación. ¡Farsante!

Muchacho - (Le tiende la mano) ¡Adiós señor!

Muchacha - ¡Adiós! (Le da un beso)

Aldo - ¿Qué hacen?

Muchacha - Nos vamos.

Aldo - No puede ser. Esperen unos segundos... (La pareja sale apresurada) ¡Viejo atorrante!

¡Esperen! ¡Esperen!... (Sale corriendo tras ellos pero no logra alcanzarlos;

Queda un instante de silencio; Matilde como vencida se ha sentado a los pies de la cama de

Felipe; este ha quedado inmóvil mirando un punto fijo. Por su cabeza pasan infinidad de hechos.

ESCENA V

Felipe - (A Matilde) Dentro de un par de horas va a amanecer. ¿Ve? ¿Para qué, todo esto? ¿Tanta violencia? (Se mira al espejo del ropero)

Matilde - Usted es el que no entiende. Nosotros también nos sacrificamos, trabajamos todo el día de sol a sol en esta porquería de pensión. ¿Cree que nos gusta hacer esto?

Felipe - ¡Qué curioso! ¡Este espejo me muestra tal como soy! ¡Qué increíble!

Matilde - Este espejo ya no muestra nada, tengo que cambiarlo. Está todo manchado.

Felipe - Sin embargo, me muestra como soy, borroso. Es decir... ya no soy lo que era. Ahora soy esto (Se toca la cara, las arrugas) Estoy borroneado.

(Matilde lo mira pero no entiende)

ESCENA VI

Aldo - (Entrando furioso) Me las va a pagar. Despertaré a todo el mundo, pero me daré el gusto de echarlo, aunque esos (Por la pareja) se hayan ido. (Quiere sacarlo)

Felipe - ¡No me toque! ¡Ahora soy yo el que se va!

Aldo - ¡Viejo comediante! ¡Vagabundo! (Se sienta impotente en la silla)

Felipe - (Comienza lentamente a acomodar sus cosas; en un bolso mete el traje de payaso, la camiseta que estaba colgada y otras pertenencias sin valor que están en el ropero. Todo menos la peluca y el sombrero. Se sirve agua en un vaso)

Matilde - ¿Se da cuenta a lo que hemos llegado?

Felipe - De verdad, me siento avergonzado.

Matilde - No sea cínico. Termine su agua. ¿No dijo que se iba? Aunque ahora ya es inútil. Ya se fueron.

Felipe - Sí, me voy. Muchas gracias por todo. (Está algo tambaleante) Y sí...cuando uno se está hundiendo siempre espera que alguien le tire una cuerda para que se salve. Es cuestión de tiempo...

(Se pone la peluca; el sombrero en la mano y el bolso; va a salir) ¡Buenas noches! Un día... volveré para pagarles lo que les debo. Se queda un instante parado mirando todo como despidiéndose del sitio en que vivió un tiempo.

(Cuando va a salir se encuentra con un Policía en la puerta. Éste ha entrado sin que Felipe se diera cuenta)

ESCENA VII

Policía - Buenas noches, venía a buscarlo. Nos costó localizarlo, pero por suerte dimos con usted.

Felipe - ¿A mí?

Policía - ¿Usted es el dueño de un monito marrón que le llevaron hace unos días?

Felipe - Sí... Febo. ¿Le ocurrió algo?

Policía - No. Venía a avisarle que todo fue un error. Si me acompaña, se lo devolveremos enseguida.

Felipe - Gracias. Pero no es posible...

Matilde - Bueno, me alegro. Agradezca, pues, la suerte que tuvo de que se lo devuelvan.

Felipe - ¿Qué les dije? Siempre a último momento alguien le tira una cuerda... Una simple cuerda... Espero que esta vez no sea corta... Ya les dije, el sufrimiento también tiene un límite, pero... ¿por qué me lo sacaron entonces?

Policía - Ya le dije que fue un error.

Felipe - Sí. Los que me lo sacaron no podrán entender nunca que existen cosas en la vida que nos ayudan a vivir... que nos dan fuerzas... como un simple monito, por ejemplo.

Matilde - Ya no se aflija más. Ahora se le solucionó todo.

Felipe - ¿Cuándo me lo devolverán?

Policía - Cuando lo identifique, se lo devolveremos.

Felipe - (A Aldo) ¿Me disculpa?

Aldo - Sí, claro...

Felipe - (A Matilde) Usted tampoco es mala. Quisiera que pudieran compartir la alegría que tengo ahora. Febo lo haría reír mucho, para demostrarle su agradecimiento. Solo tendrían que darle un caramelo Zabala... (Ríe)

Matilde - Mire, si quiere puede volver mañana. ¿Verdad Aldo?

Aldo - Claro...

Felipe - ¿Ustedes me dejarían? Pero... ¿y Febo?

Aldo - También puede traerlo.

Felipe - ¿De veras?

Matilde - Podrán quedarse todo lo que quieran.

Aldo - Vuelva cuando quiera... ya nos pagará algún día.

Felipe - Gracias. Son muy buenos. (Al policía) Vamos, la soledad también es mala para los animales; sufren más que nosotros...

Policía - Vamos. (En la puerta)

Matilde - Usted es un verdadero artista. Volverá a trabajar en el circo y nosotros iremos a verlo.

Felipe - ¡Oh, no creo! Me falta poco para hacer mi propio mutis. Pero el circo lo sigo llevando aquí. (Se toca el corazón) Siempre tendré un picadero iluminado para mí solo. (Una música suave de circo que sólo él oye, lo acompaña)

Matilde - Seguramente. Hay que tener esperanzas.

Felipe - En la vida a veces se fracasa sin que exista un motivo especial... simplemente porque así tiene que ser.

Policía - Perdone, pero nos están esperando.

Felipe - Sí. Disculpen. (Se pone el viejo sombrero de payaso sobre la peluca torcida y el saco por los hombros. Se ve ridículo. Saluda con la mano. Salen. La música se fue apagando hasta desaparecer. Quedan un breve tiempo en silencio.)

ESCENA VIII

(Matilde se sienta en la cama. La luz baja algo)

Aldo - ¡Pensé que no se irían nunca!

Matilde - ¡Por favor, qué noche!

Aldo - ¡Viejo bobo!

Matilde - La verdad que me sorprendiste. No te creía capaz con sentimientos de bondad.

Aldo - ¿No?

Matilde - Te volví a ver unos años atrás, cuando nos conocimos y éramos más jóvenes y la vida no nos había cambiado todavía.

(Silencio largo. Los dos se han quedado pensando)

Aldo - Te tengo que contar una cosa.

Matilde - ¿Qué cosa?

Aldo - Esperá... ya vengo, voy a buscar agua (Sale con la jarra)

ESCENA IX

Matilde - (Sola, comienza a arreglar la habitación; encuentra en el piso una foto de Felipe impresa en un volante, como los que se reparten en el circo; la levanta) Después de todo no era un hombre malo. Una ve tanta clase de gente... en este tipo de trabajo... cada cara...

¡Pobre! (Como si le hablara a la foto)

Es una lástima que no pueda tener un rincón propio, ni una jubilación digna, después de haber trabajado una vida, aunque sea en un circo...

¡Pobre viejo! Había empezado a entristecerme... (Se sienta en la cama con la foto en la mano)

Aunque creo que ahora salió la jubilación para los actores; oí que dijeron algo así el otro día en el informativo. Es algo justo. Espero que él pueda.

ESCENA X

Aldo - (Entrando lentamente con el agua, pone la jarra encima de la mesa) ¿Ya está todo arreglado?

Matilde - Sabés, estaba pensando en el viejo. Le va a parecer muy largo el camino hasta el hotel, si es que vuelve algún día.

Aldo - (la mira, se sienta en la cama) No vendrá nunca.

Matilde - ¿Por qué?

Aldo - Lo que oís. Yo llamé a la comisaría. ¿Vos también te creíste el cuento del mono?

Matilde - ¿Pero entonces?

Aldo - Estará mejor cuidado en el Piñeiro del Campo. La policía hará todos los trámites para internarlo allí. Yo les expliqué. Nos va a visitar una asistente social, para que justifiquemos su estado. Como no tiene familia. Ojalá se pueda, porque sé que no es fácil. Ahí podrá comer todos los días, por lo menos, y tendrá el techo seguro. Creo que era lo mejor...

Matilde - (Lo mira. Breve silencio) Tenés razón. ¿Y si no se puede?

Aldo - (Hace un gesto como que no sabría que se puede hacer. Se miran y luego de un breve silencio, se paran. Terminan de arreglar la pieza, mientras la luz va bajando de a poco. Salen. La música del principio sube lentamente. Oscuro total)

Juan González Urtiaga

Verano del 2004